

**UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS**

**Facultad de Gobierno y Relaciones Internacionales**

Nombre del estudiante: Wilmar Mora Sanabria

Nombre del director: Julián Cortés

2025

## **Ecos del estallido social en Bogotá: trayectorias y contextos sociales de jóvenes participantes en 2021**

Wilmar Mora Sanabria<sup>1</sup>

### **Resumen**

Este artículo analiza cómo se transformó el curso de vida y el contexto social de jóvenes que participaron activamente en las movilizaciones producto del estallido social de 2021 en Bogotá, a partir del enfoque del curso de vida y de los aportes de la paz positiva de Johan Galtung y la paz emancipadora de Oliver Richmond. El objetivo fue comprender de qué manera este acontecimiento actuó como un punto de inflexión (*turning point*) que reconfiguró los proyectos personales y comunitarios de los participantes, y de qué manera se generan procesos de resistencia y memoria que mantienen vivos el sueño emancipador que pervive en busca de cambios estructurales en la sociedad.

Metodológicamente se desarrolló un estudio de caso cualitativo e interpretativo basado en tres entrevistas semiestructuradas a jóvenes que estuvieron activamente en la protesta, complementadas con revisión bibliográfica y triangulación analítica. Los hallazgos muestran que sus trayectorias previas estaban marcadas por desigualdades estructurales, precariedad laboral, exclusión educativa y violencias históricas, condiciones que dieron sentido a su ingreso a la movilización.

Durante el estallido, los jóvenes construyeron redes de cuidado, afecto y resistencia, expresando formas de agencia política desde abajo coherentes con la idea de paz emancipadora. Asimismo, el análisis evidenció que la protesta produjo nuevas identidades, liderazgos y proyectos comunitarios, pero también dejó huellas profundas como duelos, persecuciones, fragmentación colectiva y desgaste emocional.

En conclusión, el estallido social en Bogotá, no solo fue una expresión de resistencia frente a violencias estructurales, sino un acontecimiento biográfico que transformó el curso de vida de los jóvenes, dejando una generación más consciente y políticamente crítica, pero a su vez,

---

<sup>1</sup> Estudiante de Gobierno y Relaciones Internacionales, Universidad Santo Tomas,  
Wilmar.mora@usantotomas.edu.co

herida, precarizada y desencantada ante la persistencia de las desigualdades que motivaron la protesta. Estos resultados invitan a repensar las políticas públicas de juventud desde enfoques estructurales, de memoria y de construcción de paz desde abajo.

**Palabras claves:** *Curso de vida, jóvenes, estallido social, paz emancipatoria, memoria colectiva,.*

### **Abstract**

This article analyzes how the life course and social context of young people who actively participated in the 2021 social uprising in Bogotá were transformed, drawing on the life-course approach and on Johan Galtung's concept of positive peace and Oliver Richmond's framework of emancipatory peace. The objective was to understand how this event functioned as a turning point that reconfigured the participants' personal and collective projects, and how processes of resistance and memory emerged to keep alive an emancipatory aspiration oriented toward structural social change.

Methodologically, this study employed a qualitative and interpretive case-study design based on three semi-structured interviews with young people who were actively involved in the protests, complemented by a literature review and analytical triangulation. The findings reveal that their prior life trajectories were shaped by structural inequalities, labor precariousness, educational exclusion, and historical forms of violence—conditions that gave meaning to their engagement in the mobilization.

During the uprising, the youth built networks of care, affection, and resistance, expressing forms of grassroots political agency aligned with the notion of emancipatory peace. Likewise, the analysis shows that the protest generated new identities, leadership roles, and community-based initiatives, but also left profound marks, including grief, persecution, collective fragmentation, and emotional exhaustion.

In conclusion, the social uprising in Bogotá was not only an expression of resistance against structural violence, but also a biographical event that transformed the life course of participating youth, shaping a generation that is more politically conscious and critical, yet simultaneously wounded, precarized, and disenchanted in the face of enduring inequalities that motivated the protest. These results call for rethinking youth public policy through structural, memory-centered, and bottom-up peacebuilding approaches.

**Key words:** *Life course, youth, social uprising, emancipatory peace, collective memory*

### **Introducción**

Aunque el estallido social de 2021 ha sido analizado en relación con sus causas estructurales y los efectos inmediatos frente a heridos y víctimas mortales producto de abusos de autoridad

y la represión estatal (Aguilar, 2022), no existen estudios que evalúen el impacto del impacto del estallido en el curso de vida de jóvenes que participaron en estas movilizaciones sociales.

En Colombia la historia de las violencias, las desigualdades y la precarización de las comunidades ha sido larga y compleja. De hecho, el informe de la visita realizada por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos durante el estallido (CIDH, 2021), observó que las manifestaciones estuvieron vinculadas con reivindicaciones estructurales e históricas, que tuvieron reclamos similares en las movilizaciones de años anteriores y fueron motivadas por el aumento de los niveles de pobreza, inequidad, violencia y asesinatos de líderes y lideresas sociales.

Soportado en la Teoría del conflicto de Johan Galtung (1969, 2003), se argumenta que el estallido social configuró un "Triángulo de la violencia" (Galtung, 2003). 1) La violencia directa se representó en el uso desproporcionado de la fuerza, las detenciones arbitrarias, la violencia basada en género y las denuncias de desaparición (CIDH, 2021); 2) La violencia estructural era evidente al develar la desigualdad e injusticia social que existía especialmente en los barrios populares de Bogotá y 3) la violencia cultural estaba marcada por la polarización, estigmatización y normalización. Como mencionara Aguilar (2022) hubo cierta clase política que incentivaba la violencia y la respuesta bélica, como lo demostró un tuit del expresidente Álvaro Uribe el 30 de abril sosteniendo: "Apoyemos el derecho de los soldados y policías de utilizar sus armas para defender su integridad y para defender a las personas y bienes de la acción criminal del terrorismo vandálico".

No obstante, y apoyado desde el enfoque estructuralista de la emancipación, el estallido social en Bogotá dio importancia a lo que Richmond (2012) mencionará como "importancia de las periferias y los 'actores de base', así como de los procesos mediante los cuales son marginados, o de cómo surge la resistencia, la emancipación y las perspectivas de 'abajo arriba'", siendo el camino que fortaleció espacios de auto organización comunitaria, liderados o influenciados en su mayoría por jóvenes, que a través de iniciativas territoriales y la apropiación de colectivos culturales, artísticos y de memoria, intentaron no solo protestar sino ejercer un trabajo político y una transformación social real. Esta "construcción de paz como resistencia puede conducir a la emancipación, entendida como la libre determinación, a la comunidad, a la agencia, a la autonomía, a veces a la democracia y a un sentido de nación" (Richmond, 2011, p 35).

Así mismo, y junto al avance de las protestas, también lo fueron las demandas: justicia social, cambios estructurales y mayor participación e inclusión. Es decir, un llamado generalizado hacia lo que Galtung denomina la Paz positiva, pero que a la vez representa esas formas de resistencia y expresión de agencia local a las que hace referencia Richmond desde la Paz Post liberal.

En este sentido, y más allá de los análisis centrados en las raíces estructurales del estallido (CIDH, 2021) y las memorias de resistencia y represión (CNMH, 2024) que han sido documentadas, este artículo pretende explorar desde el enfoque del curso de vida, cómo esa participación juvenil en el estallido (Turning point), incidió en sus proyectos personales, sus

formas de inserción social y política, así como en la construcción de sus identidades y de esta manera dar respuesta a la pregunta: ¿Cómo se han desarrollado las vidas de jóvenes que participaron en el estallido social de 2021 en Bogotá?

### **Marco teórico**

*“mientras existan injusticias y no se atiendan las necesidades humanas básicas (bienestar, libertad, identidad y sobrevivencia), no existirá la paz, aunque los seres humanos no se agredan directamente” (Galtung, 1985)*

*“La emancipación es el horizonte de una paz que no se limita a la ausencia de violencia, sino a la transformación de las estructuras que la producen” (Richmond, 2011)*

Ampliar el concepto de paz más allá de la simple ausencia del conflicto armado, es una manera de comprender el origen del estallido social de 2021 en Bogotá, más aún si se hace desde los aportes teóricos de Johan Galtung y Oliver Richmond, quienes identifican las raíces estructurales de la violencia, y generalmente expresadas en la desigualdad social, la exclusión política y la precarización de las condiciones de vida.

Bajo esta perspectiva, se abordarán los aspectos centrales del pensamiento de Galtung tomando como punto de referencia la paz positiva y la perspectiva de Richmond y su aporte relacionado con la paz emancipatoria.

### **El triángulo de la violencia de “Galtung”**

Desde la perspectiva de Galtung el triángulo de la violencia representa una herramienta analítica para comprender la complejidad que habita en las sociedades y la manera como se configuran los conflictos sociales. En este sentido, hace referencia a tres dimensiones de la violencia: a) la violencia directa, la cual se utiliza con el objetivo de generar daño a otros de manera física, verbal o psicológica (Jiménez, 2019); b) la violencia estructural, la cual hace alusión a la injusticia y a la desigualdad en el acceso al poder y a los recursos, así como a las estructuras que las promueven y que impiden la satisfacción de las necesidades básicas (Alcañiz-Moscardó, M. 2024) y c) la violencia cultural, la cual legitima la violencia directa o estructural a través de la religión, derecho, ideologías, lenguajes, artes y por su transmisión, en la escuela, medios de comunicación entre otros (Galtung, 2003).

En conjunto, estas tres dimensiones pueden verse como un reflejo de lo sucedido durante el estallido social en 2021 en Bogotá, donde la violencia directa hizo parte de los titulares por cerca de cuatro meses. De hecho, durante la visita de trabajo en junio de 2021, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH, 2021) observó como principales violaciones: el uso desproporcionado de la fuerza; la violencia basada en género en el marco de la protesta; la violencia étnico-racial en el marco de la protesta; la violencia contra periodistas y contra

misiones medicas; irregularidades en los traslados por protección; y denuncias de desaparición.

Mientras tanto, en relación con la violencia estructural, más allá de las situaciones coyunturales descritas, el paro nacional se concibió como respuesta a las violencias, desigualdades y vulneraciones vividas históricamente en el país. Es así que la CIDH (2021) observó:

“las manifestaciones que comenzaron el 28 de abril se vinculan con reivindicaciones estructurales e históricas de la sociedad colombiana, que a su vez están consignadas en la Constitución Política de 1991 y los Acuerdos de Paz de 2016. La Comisión constato un amplio consenso entre representantes del Estado y la sociedad civil frente a las causas del descontento que subyacen a las protestas, tal como la profunda inequidad en la distribución de la riqueza, la pobreza, la pobreza extrema, y el acceso a derechos económicos, sociales y culturales, en particular, educación, trabajo y salud. Igualmente, los altos niveles de violencia e impunidad, así como la discriminación étnico-racial y de género” (p. 2).

### **La paz positiva y su relación con la justicia social**

Galtung concibe dos alternativas para incidir en la transformación de conflictos tomando como referencia la paz, y entendiendo ésta como la transformación creativa y no violenta del conflicto a través de la respectiva ausencia de violencia directa, estructural y cultural (Jiménez, 2019) y no solo como lo establece la UNESCO (1993) que la denota como,

un proceso positivo, dinámico y participativo intrínsecamente vinculado a los principios democráticos y el desarrollo para todos, gracias al cual se respetan las diferencias, se favorece el diálogo y los conflictos se transforman constantemente por medios no violentos en nuevas vías de entendimiento y cooperación (UNESCO, citado por Pérez-Pérez, G. & Román-Espinal, Z, 2024, p. 114).

Bajo esta premisa de Galtung, se identifican estas dos conceptualizaciones para el abordaje de la paz, una inicial denominada ‘Paz negativa’ la cual se relaciona con la ausencia de violencia directa, de conflictos armados, de violencia expresa, de enfrentamientos violentos (Welle, 2010), se convierte según Ramos (2016) en un instrumento que propicia la justificación de las estrategias necesarias, incluida la guerra, para el mantenimiento del orden y el control sociopolítico frente a las amenazas al Statu Quo externas e internas. Pero esta podría considerarse insuficiente, ya que no aborda las causas subyacentes del conflicto.

La otra es la ‘Paz positiva’ que no solo implica la ausencia de violencia directa y estructural, sino que también trabaja por lograr equidad, justicia y desarrollo social, lo que conlleva a abordar las raíces culturales y sociales que alimentan la violencia. “La paz positiva estructural sustituiría represión por libertad, explotación por equidad, y los reforzaría con diálogo en lugar de penetración, integración en lugar de segmentación, solidaridad en lugar de fragmentación y participación en lugar de marginación” (Galtung, 2003, p.58).

De acuerdo con Ramos (2016) esta paz va mucho más allá del resultado de eliminar algo no deseado como la guerra, o procurar la defensa del nosotros ante la amenaza de los otros pues presenta una conceptualización multidimensional que permite configurar el triángulo de la paz positiva en el que se contraponen la violencia directa con la paz directa, la violencia estructural con la paz estructural, y la violencia cultural con la paz cultural.

Con esta perspectiva Lederach (2000), citado por Ramos (2016), enuncia que la dimensión estructural de la paz positiva corresponde a la atención de las necesidades básicas relacionadas con alimentación, vivienda, acceso a salud, participación comunitaria, generación de ingresos, educación, entre otros aspectos que posibilitan la comprensión de la paz como un símil de justicia social, es por ello que Galtung considera indispensable en este escenario la reciprocidad en las relaciones e interacciones en cuanto a la distribución y control de los recursos de orden natural, humano, social e institucional (p.516).

Con relación a la dimensión cultural de la paz positiva, esta comprende los aspectos de una cultura que sirven para justificar y legitimar la paz directa y la paz estructural en la religión, el derecho, la ideología, el lenguaje, el arte, las ciencias, escuelas, universidades y medios de comunicación (Galtung, 2003 citado por Ramos 2015).

## **De los Derechos Humanos a la emancipación**

Hablar de Derechos Humanos hace que sea necesario y relevante acudir a la historia y recordar que la comunidad internacional se comprometió a no permitir nunca más atrocidades como las sucedidas en la Segunda Guerra Mundial y por ello adoptaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos en la Asamblea General de la ONU el 10 de diciembre de 1948. En esta precisamente se proyectaba una cuestión fundamental sobre el bienestar social para la transición hacia la construcción de paz (artículos 22, 23 y 25).

No obstante, este reconocimiento se viene pasando por alto, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables para la dignidad de las personas se contrasta con los pobres, los marginados y los oprimidos.

Los estados, las transnacionales y las élites controlan los intereses nacionales y los recursos nacionales e internacionales, produciendo un orden socioeconómico fundamentalmente injusto que aboca a crisis periódicas dentro y fuera de los estados, durante las cuales las revueltas y las manifestaciones ciudadanas, tanto internas como internacionales, a menudo desafían y modifican los procesos que permiten la redistribución de la riqueza (Richmond, 2012, p.125).

Esto hace necesario referirse a la paz emancipatoria, la cual busca poner en evidencia la necesidad de la liberación de los pueblos, de la subyugación, la dominación y la explotación extranjera, reconociendo su derecho a la libre determinación y con ello poder perseguir libremente su desarrollo político, económico, social y cultural. Esta emancipación implica

que los conflictos se resuelvan pacíficamente y se construya una paz duradera basada en los principios de los derechos humanos, la igualdad y la solidaridad.

La emancipación es considerada una recompensa por la resistencia, que también puede ser resultado de una forma futura de paz basada en una justicia económica y social. Se trata de construir entonces una paz un proceso de transformación profunda donde la exclusión, la desigualdad y la pobreza rebasen aquellas estructuras que las sostienen. Pérez (2018) refiere que en la medida en que persistan estas condiciones, cualquier intento de pacificación será temporal y frágil y que la verdadera paz requiere modificar las bases sociales que hacen posible la violencia.

Es en este ámbito Richmond (2012) advierte que, si individuos y grupos se unen para expresar el deseo mayoritario de derrocar dichas estructuras de opresión, no pueden equivocarse y ese ejercicio masivo de poder debería redundar en la justicia social que sirva de base para una paz nacional, transnacional e internacional. Por lo tanto, la construcción de paz como resistencia puede conducir a la emancipación, así como a formas de política más discutibles (Richmond, 2011).

Entonces esta emancipación no debe entenderse como una ruptura absoluta con el orden existente, sino como un proceso relacional de transformación, donde las comunidades recuperan su capacidad de agencia frente a las estructuras impuestas. “Descubrir la importancia del sujeto definido convencionalmente como -impotente- en las relaciones internacionales ha dado pie a una comprensión más clara de la importancia de las periferias y los -actores de base-, así como de los procesos mediante los cuales son marginados, o de como surge la resistencia, la emancipación y las perspectivas de -abajo arriba- en las relaciones internacionales” (Richmond, 2012, p.127)

### **La hegemonía de la paz liberal**

Este concepto refiere en términos generales un modelo particular de paz basado en valores liberales como la democracia representativa, el libre mercado y el Estado de derecho. Es de hecho aplicado desde la Guerra Fría, llegando a dominar la agenda internacional desde aquel entonces. “La teoría de la paz liberal excluye las relaciones de poder en las relaciones sociales [...] lo cual legitima jerarquías y sistemas de subordinación” (Tobar Manzo, 2018, p. 16)

Aunque la paz iba a ser algo más que erradicar la violencia directa y manifiesta, el compromiso de la construcción de la paz con la solución de las raíces profundas de los conflictos seguiría siendo limitado y esto se ve reflejado precisamente en que como lo argumenta (Tobar Manzo, 2018) “El modelo liberal impulsado desde arriba [...] actúa en conjunto para producir un tipo particular de paz, conocida como paz liberal, la cual muchas veces gira en torno a agendas de seguridad y de creación de estructuras estatales como mecanismos para lograr la paz” (p. 17).

Un aspecto de la paz liberal que cabe destacar es el argumento de que los conflictos no pueden -resolverse- realmente a menos que se satisfagan los intereses de la



sociedad civil y, más aún, que no puede existir una paz liberal sin una sociedad civil activa. Suele aceptarse que los planteamientos sobre la construcción de paz deberían ser especialmente sensibles a las expectativas y necesidades de los actores de la sociedad civil. De ellos se desprende que la construcción de la paz es un proceso multidimensional y multinivel que abarca a un sinnúmero de actores, los cuales deben responder a las tareas políticas, sociales económicas y evolutivas si desean establecer una versión ambiciosa de paz liberal (Richmond, 2012, p.185).

## **Resistencia desde la cotidianidad**

Existen perspectivas teóricas y académicas que proponen la idea de una Paz híbrida como apuesta ontológica orientada a superar, cuestionar y deconstruir los marcos normativos e institucionales de la aproximación liberal de la paz y la seguridad. En este sentido Richmond (2011, p.35) propone que “la construcción de paz como resistencia puede conducir a la emancipación”.

Lo sucedido durante el estallido social en Bogotá, puede verse como una radiografía de este postulado de Richmond, ya que fueron los escenarios dinámicos y participativos, los que harían uso de la cultura, el arte y las expresiones sociales sin etiquetas, como ejercicios plurales que se orientaron a no callar y levantar la voz frente al descontento general, primero, por las decisiones de un Estado que quiso realizar reformas sobre las cuales no existía un consenso ciudadano; y segundo, porque con estas decisiones y la crisis que había dejado la pandemia, fueron el motor para despertar aquellos malestares sociales que venían forjando un descontento generalizado por una progresiva degradación social que se vivía en la ciudad y que de hecho ya se había venido manifestando desde el homicidio de Dilan Cruz en 2019, símbolo de las protestas en el país (BBC News Mundo, 2019).

Según Richmond (como se citó en Tobar, 2018), la ciudadanía atravesó un proceso de transformación motivado por la resiliencia de actores locales que venían oponiéndose o por lo menos generando diferencias frente a la imposición y expansión de valores liberales que han sido predominantes en la historia de los conflictos.

Bogotá no fue la excepción, pues lo local cobró sentido para la sociedad y desde allí nacieron nuevas formas de expresión, se consolidaron nuevas formas de integración social, siendo la indignación y la solidaridad, las mejores aliadas para fomentar la organización popular, como lo mencionara el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH, 2024).

La calle fue lugar de aguante y concentración, allí muchos sectores populares convergieron para participar de las manifestaciones y demás actividades que complementaron las jornadas masivas de la movilización. En la ciudad se descentralizó la protesta y se reforzaron escenarios de concentraciones en diferentes puntos, así, bajo esta apropiación de espacios públicos se vio el fortalecimiento del sentido de pertenencia y confianza colectiva.

Esta experiencia bogotana puede comprenderse como una manifestación concreta de las dinámicas locales de resistencia que describe Richmond, siendo el estallido social de 2021 el



punto de inflexión en el que los sectores juveniles y populares articularon prácticas de organización que salieron de las estructuras institucionales y reivindicaron la calle como un espacio político y simbólico de encuentro. Lo local entonces se transformó en el escenario propicio para impulsar nuevas formas de acción y solidaridad que recogían las emociones colectivas frente a la desigualdad y la esperanza de cambio.

En este sentido y de acuerdo con Tobar (2018), Richmond sostiene que:

las formas locales de construcción de paz se reconstituyen a sí mismas como resistencia frente al significado relativamente vacío de la doctrina de la construcción de paz liberal y su supuesto de la creación de estado liberal. La resistencia en el nivel local provee un punto de partida para imaginar una nueva paz en términos contextualizados y cotidianos, reconstituyendo políticamente un contrato social y un estado, o incluso yendo más allá de Westfalia.

Así las cosas, la resistencia que emergió no sólo desafía las lógicas impuestas por el liberalismo, sino que también redefine los modos en que las comunidades construyen sentido colectivo y agencia política. En el caso bogotano, el estallido de 2021 demostró que la movilización social no solo se genera en respuesta a malestares, sino que se convierte en espacio de creación de vínculos, narrativas, necesidades y proyectos en común que terminan siendo en causas comunes, vividas desde abajo y en clave de reconocimiento y dignidad. Es por eso que:

los movimientos sociales y la agencia no surgen sólo por oposición a la hegemonía ideológica o al poder del estado, sino también como una expresión de las relaciones cognitivas, afectivas y creativas entre las personas, que se trasladan luego a la acción social, y pueden tomar la forma de resistencia (como se citó en Tobar, 2018, p. 46).

## **Metodología**

Esta investigación fue desarrollada como un estudio de caso cualitativo, la cual se orienta a describir y comprender los cursos de vida y los contextos sociales de jóvenes participantes en el estallido social ocurrido en Bogotá durante 2021. El estudio de caso estuvo orientado a analizar un fenómeno social específico ocurrido durante las movilizaciones sociales (la participación juvenil) buscando comprender sus trayectorias, aproximándose a los significados y transiciones que los propios actores atribuyeron como incentivo a su participación, e identificando los efectos que tuvo para su vida el hecho de vivir activamente este hecho histórico en Bogotá.

La selección del caso respondió a la relevancia del estallido social como un acontecimiento que reconfiguró la acción colectiva juvenil, que puso en tensión las relaciones entre ciudadanía, Estado y territorio, pero del que poco se menciona sobre qué sucedió con aquellos y aquellas jóvenes que tuvieron un sueño emancipador de cambio. En este marco, se realizaron tres entrevistas semiestructuradas a jóvenes que participaron activamente en las

movilizaciones, seleccionados mediante un muestreo intencional. Cada entrevista buscó captar sus trayectorias personales, educativas y barriales, e identificar rupturas y/o continuidades en la vida de los jóvenes, así como la forma en que su experiencia en las protestas transformó sus proyectos personales y políticos.

Además de las entrevistas, se llevó a cabo la revisión bibliográfica de textos académicos, informes institucionales y artículos de prensa sobre el estallido social, que fueron complementados con el estudio de marcos teóricos relevantes para el análisis de lo sucedido: la teoría de la paz positiva de Johan Galtung y la teoría de la paz emancipatoria de Oliver Richmond. Estos enfoques permiten analizar las narrativas juveniles, identificando los vínculos entre biografía, contexto, transformaciones personales y colectivas, y los impactos subjetivos y comunitarios derivados de su involucramiento.

El análisis de la información se realizó mediante un proceso de codificación temática y triangulación entre las entrevistas y las fuentes secundarias, lo que permitió identificar categorías analíticas vinculadas con la experiencia de los jóvenes, la vivencia de la violencia estructural y simbólica, y la emergencia de prácticas emancipadoras. Esta triangulación también fortaleció la validez interpretativa de los hallazgos.

A través del análisis narrativo de entrevistas semiestructuradas y consultas bibliográficas, se evidencian relatos que responden a los planteamientos de Galtung sobre las violencias estructural y cultural que se vivían al momento del estallido, reconociendo así que su trayectoria de vida y realidades sociales del momento, también se convirtieron en motivación para su participación en la protesta, más aún cuando en zonas donde hubo campamentos como el Portal Resistencia en la localidad de Kennedy y el Puente de la Dignidad en Usme, se había incrementado la desigualdad, la precarización y la exclusión estructural como efecto de una pandemia que recientemente había golpeado a la sociedad.

Finalmente, se garantizó el cumplimiento de principios éticos de investigación social: los participantes otorgaron su consentimiento informado, se mantuvo la confidencialidad de sus identidades y se respetó la integridad de sus relatos.

## **Resultados y discusión.**

Los resultados obtenidos fueron interpretados desde el enfoque del curso de vida y con ello permitiendo identificar el estallido social de 2021 en Bogotá como un punto de inflexión que les permitió a los jóvenes construir un vínculo que les significaría un proceso de resistencia, agencia y construcción de paz.

Pero en este proceso los jóvenes no solo respondieron a violencias históricas y a una violencia directa que surgió durante las manifestaciones, sino que desarrollaron prácticas y vínculos comunitarios que dan cuenta de formas de paz desde abajo, en sintonía con la perspectiva emancipadora de Richmond. Así, la protesta estuvo marcada por expresiones de indignación,

pero también emergió un cuidado colectivo y una hermandad, que produjeron el surgir de nuevas identidades políticas, proyectos comunitarios y aspiraciones de justicia social.

En conjunto, las narrativas analizadas permiten comprender el estallido como un momento constitutivo en los cursos de vida juveniles, donde la búsqueda del reconocimiento, así como la búsqueda de igualdad y justicia social, se tradujeron en experiencias concretas de participación, liderazgo y construcción de paz cotidiana. Situaciones que vale la pena contrastar con lo mencionado por Tobar (2018) quien sugiere que la construcción de paz busca prevenir, reducir, transformar y ayudar a las personas a recuperarse de la violencia en todas sus formas [...] empodera a las personas para impulsar relaciones sostenibles.

Los jóvenes sin duda experimentaron las huellas de la violencia directa, estructural y simbólica, pero a su vez desarrollaron formas de resistencia cotidiana que continúan vivas. Sus vivencias lograron brindarles aprendizajes que hoy son motor de nuevas causas, de luchas presentes, de afrontar las movilizaciones de manera más organizadas y que pueden leerse como expresiones de una paz emancipadora inacabada, una paz donde además nunca se perderán de vista los procesos de memoria como eje transversal de esos sueños que algunos y algunas tuvieron, donde pese a su ausencia en lo terrenal, quedaron sus voces que siguen teniendo eco y sus luchas siguen intactas.

“Ser joven en Colombia no es delito, salvar vidas no es delito, mostrar la realidad del país a través de la prensa no es delito, y si somos culpables de algo es de soñar con un mejor país, de reclamar lo que nos corresponde y de pedir justicia y dignidad para el pueblo”, David Fernández, Coco.

### **Tres caminos, una sola resistencia: Historias de vida de jóvenes del estallido social**

Iniciaré diciendo que el hecho de sustentar este estudio de caso en el curso de vida de tres jóvenes que hicieron parte del estallido social en Bogotá (La Profe, Mechas y La Negra) nos brindan un reflejo del antes, durante y después de la protesta, pero también tiene relevancia no solo en sus vivencias, sino en la historia de lo que significan tres relatos, tres caminos, tres momentos.

En la literatura, la estructura narrativa clásica usa secuencias de tres porque facilitan la recordación y el impacto emocional. De hecho, el tres es narrativo porque permite mostrar contraste, evolución y síntesis. Ejemplos que lo comprueban son Los tres mosqueteros de Alejandro Dumas, Los tres cerditos de Joseph Jacobs o Tres caminos de Lewis Trondheim.

Desde la religión y la espiritualidad sería imposible dejar de mencionar a la santísima trinidad en el Cristianismo (Padre, Hijo y Espíritu Santo), el Trimurti en el Hinduismo (Brahma, Vishnu y Shiva) o las Tres Joyas en el Budismo (Buda, Dharma y Sangha).

Es por ello que la investigación cualitativa de estos tres casos, permite captar regularidades, contrastes y variaciones sin perder profundidad, además que propone una lectura crítica que

busca transmitir totalidad, equilibrio y síntesis mediante el análisis de las trayectorias de vida de estos jóvenes, que al entretejer su historia y realidades, revelan puntos de convergencia en una misma lucha por la dignidad, el futuro y la memoria.

### **Los orígenes: desigualdad y trayectorias de vida con carencias visibles**

Las trayectorias de vida analizadas permiten reconocer en los entrevistados que sus vidas se sumergían sobre una violencia estructural que hacía parte de su entorno mucho antes de la configuración del estallido social, reflejando una historia de privación de derechos, oportunidades y bienestar que perdura especialmente en los barrios de bajos recursos que hay en Bogotá. No obstante, y desde los postulados de Galtung, también hacen referencia a que no fueron ajenos a la indignación de esa violencia directa que se venía dando de forma constante y represiva frente a movilizaciones sociales, especialmente en contra de los jóvenes y que dejaron manchas de muerte en Bogotá en años previos al estallido.

Casos concretos que referencian son: el asesinato que consideran quedó impune de Dilan Cruz el 25 de noviembre de 2019 durante las protestas en contra de las reformas planteadas por el gobierno de Iván Duque y en especial defensa por la educación, el abuso de autoridad cometido por la Policía Nacional en contra de Javier Ordoñez y que también terminó con su vida por un procedimiento de policía del cual opinan fue brutal, exagerado e innecesario el 8 septiembre de 2020 y que desató una protesta generalizada en la ciudad en contra de la Policía y una respuesta violenta por parte de este cuerpo de ‘seguridad’ que emprendió acciones enmarcadas bajo graves violaciones a los derechos humanos durante los días 9 y 10 de septiembre, dejando 13 víctimas mortales más de barrios populares de la ciudad (CNMH, 2021).

Desde estas realidades, los relatos de La Negra, La Profe y Mechass, hacen evidente cómo la pobreza, la precarización laboral, la exclusión educativa y la ausencia sistemática del Estado en barrios marginales configuraron escenarios de carencias visibles que condicionaban sus posibilidades de desarrollo antes del estallido social.

“La Profe” quien encarna la historia de miles de mujeres que sostienen hogares en solitario fue enfática en mencionar “yo trabajo para subsistir, yo no trabajo para ahorrar, yo no trabajo para poder tener un lujo, yo no trabajo para poder tener una casa porque no me da”. Pero además asegura que pese a haber logrado estudiar una carrera profesional a través de un crédito con el Icetex, esto no puede ser visto como una oportunidad, sino como la necesidad de buscar un mejor camino, así sea adquiriendo una deuda que tampoco le permite avanzar en otras áreas de bienestar y que de hecho, llegada la pandemia se acrecentaron, al término que “no tenía EPS, yo no tenía salud porque no tenía trabajo”, pero tenía una hija por quien velar y eso la llevó a buscar una alternativa de subsistencia en las ventas informales.

Por su parte “Mechass”, revela una crudeza marcada que aún existe en los barrios populares de la capital colombiana, donde las realidades del trabajo infantil, el riesgo de la criminalización y la ausencia de oportunidades para avanzar hacia una educación universitaria siguen siendo una constante. “Toda mi infancia fue guerriada, fue trabajar desde

los 8 años, ver monedas, salir adelante, ir a robar a los campesinos cebolla y tomate para poder comer, era muy complicado”, menciona.

Y agrega “antes del estallido social yo creo que estaba muy desviado hacia un camino que no conocía, que era pues estar en una cárcel, morir por algo, o estar en cuentos de ollas”, situación que visibiliza cómo se han naturalizado economías de supervivencia que limitan sistemáticamente las posibilidades de un mejor futuro de miles de jóvenes, situación que luego de años del estallido no mejora, toda vez que de acuerdo con cifras oficiales (DANE, 2023), para el año 2023 en Bogotá había 1.848.979 jóvenes entre los 14 y 28 años, quienes representaban el 23,2 % de la población de la ciudad y de éstos, 556.036 eran jóvenes que no estudiaban ni trabajaban (ninis) y representaban el 30,1% del total de la población joven (GOYN Bogotá, 2024).

Finalmente, “La Negra”, quien creció en una familia de clase media, también tuvo que enfrentar junto con su familia dificultades económicas justo en vísperas de su ingreso a la universidad, pero además enfrentar otro tipo de problemas y silencios ya que es oriunda de un pueblo del llano cuna del paramilitarismo, del cual relata “para nosotros en el pueblo no era una posibilidad hablar de historia, no era una posibilidad hacerle oposición al gobierno de Álvaro Uribe, por ejemplo”.

Estas situaciones le permitieron identificar desde temprano las inequidades y las brechas de acceso a derechos básicos, pero así mismo, a su llegada a Bogotá, le dio la oportunidad de participar en las movilizaciones por el Acuerdo de Paz, siendo el inicio de una ruta que la motivo a desde la Universidad, conocer distintos colectivos y emprender con ellos la defensa del derecho a la educación pública, pero también la defensa de los derechos de quienes estudian en una universidad privada. Actividad que le hizo ser crítica del Programa “Ser pilo paga” al considerar que con éste desfinanciaron la educación pública y le entregaron un montón de recursos a las universidades privadas que porque son de alta calidad.

En conjunto, estas historias permiten comprender que el estallido social no surgió de la nada, sino de trayectorias vitales moldeadas por lo que Galtung describe como violencia estructural: un entramado de exclusiones, inequidades y precariedades que, al impedir la satisfacción de necesidades básicas, erosionan la dignidad y bloquean la construcción de proyectos de vida dignos. Desde los orígenes de los tres jóvenes no sólo reflejan desigualdades materiales, sino también la persistencia de estructuras que condicionan la vida, el futuro y la agencia de la juventud popular en Colombia.

### **El cuidado colectivo: Redes, afectos. liderazgos y organizaciones emergentes como formas de resistencia**

El sentirse parte de, la posibilidad de ser escuchado y las causas comunes fueron parte del cuidado colectivo que emergió durante el estallido social de 2021 en Bogotá y lo que se constituye como una manifestación concreta de lo que Richmond (2021) denomina como paz emancipadora, entendida como la capacidad de las comunidades para generar formas autónomas de protección, solidaridad y agencia frente a estructuras históricas de opresión.

Esta mirada permite identificar que el apoyo brindado desde los barrios a los jóvenes en medio del estallido, entendidas estas como redes ciudadanas que se fueron consolidando, no fueron simples respuestas coyunturales, sino el efecto, tal vez tardío de procesos de resistencia social y política que buscaron ese sueño emancipador de transformar los efectos de la violencia estructural descrita por Galtung (2003) y representada en: desigualdad, exclusión, ausencia estatal y precariedad en el acceso a derechos básicos.

Desde las entrevistas se logra evidenciar que, ante el abandono institucional, la represión estatal y la falta de garantías reales, fueron los mismos jóvenes y habitantes de los barrios quienes crearon formas de cuidado mutuo, que pasaron de lo doméstico o vivencial a convertirse en prácticas colectivas y cada vez más elaboradas, de protección y de apoyo emocional, material y político.

La Negra relata como la solidaridad entre desconocidos se convirtió en la mejor respuesta proteccionista frente a la violencia estatal “Entendimos que estar juntos era la mejor garantía para que no nos desaparecieran”. Esta lógica de cuidado como resistencia constituye, en términos de Richmond (2012), un fundamento clave de las prácticas de emancipación desde abajo, donde las comunidades reconfiguran su agencia política a partir de experiencias compartidas de vulneración y esperanza.

Su testimonio además resalta posibilitó la reconstrucción de sentido y pertenencia no solo por los sueños de cambio, sino por el otro, por quién convivía en los campamentos “yo lo asumí como muchas personas de la primera línea, como individualidad y haciendo nuestra familia ahí en medio del estallido”, manifiesta.

La profe explica que su vocación siempre ha sido social, que su rol laboral desde el trabajo social y su vinculación a la empresa privada la llevaba a desarrollar acciones sociales muy en secreto por su ideal de aportar a comunidades con regalos u otras cosas que necesitaran, pero que no estaba organizada en ninguna colectividad. Sin embargo, su participación estuvo movida por el impulso de ayudar a los demás, y porque le “dolía ver cómo existía una clase opresora contra unos pelados que no tenían nada”, “Todo lo que pasaba en el portal era muy sentido, alrededor, en los barrios, en el entorno... no puede con la indolencia, indolente no soy, y a mí me movió el corazón”.

Este gesto inicial de empatía se transformó rápidamente en liderazgo barrial, en organización comunitaria y creación de espacios seguros que ofrecían alimento a través de la olla comunitaria, el acompañamiento con actividades lúdico pedagógicas mitigar los efectos del miedo y el desgaste emocional y por eso la comienzan a reconocer como la Profe “porque siempre les decía: ¿cuál es su causa?, ¿qué lo mueve?”

En el caso de Mechas, la dimensión del cuidado colectivo emerge como una forma de supervivencia física y emocional en territorios históricamente marcados por la pobreza extrema y la ausencia estatal. Relata que muchos jóvenes incluso acudían a la olla comunitaria no solo para alimentarse sino para evitar caer en circuitos de criminalidad o

abandono, afirmando: “Los chinos bajaban a comer su pedacito de pollo... era lo único que tenían para comer ese día”.

Refiere que eran los mismos del barrio, como los que jugaban fútbol, con los que se reconocían que eran de la zona, chicos populares, que no estaban atravesados por ningún factor político. Por eso coincide en que el cuidado mutuo se transformó en un mecanismo de protección ante las acciones represivas de la policía. “O nos organizamos, o nos van a matra”, es una frase que sintetiza esa fuerza común, la defensa colectiva e identidad comunitaria como método de resistencia política.

Estas redes de afecto y acompañamiento respondieron a necesidades inmediatas, pero así mismo, hicieron que personas como La Negra, consolidara su rol como defensora de derechos humanos y periodista comunitaria y alternativa, lo que le permitió además y en beneficio de sus compañeros, generar redes de denuncia y acompañar a víctimas en la consolidación de procesos de memoria, lo que situaría Richmond como clave para una emancipación colectiva.

Son precisamente estos procesos de cuidado comunitario los que funcionan como tejidos de paz desde abajo, donde la autogestión, el afecto, la solidaridad y la protección se convierten en las herramientas fundamentales para reconstruir la cohesión social y construir apuestas de cambio.

### **El estallido como punto de inflexión: transformación de identidades y riesgos del poder ser**

Desde el enfoque del curso de vida, Blanco (2011) señala que los *turning points* marcan transiciones capaces de redefinir trayectorias. Estos puntos de quiebre no solo alteran el rumbo vital, sino que también transforman la identidad social y la percepción de agencia. Para Varón (2022), los jóvenes en contextos de incertidumbre construyen trayectorias no lineales donde eventos críticos producen rupturas en los itinerarios previstos y colocan en riesgo “las identidades colectivas e individuales” (p. 80).

En tal sentido el estallido social fue un punto de inflexión tanto biográfico como político en la vida de los jóvenes que participaron en él, configurándose como un suceso que dejó en sus vidas un antes y un después, logrando incluso transformar su identidad y expectativas, las formas de relacionarse y comprenderse, así como los dolores profundos que les llevan a salvaguardar procesos de memoria para que las causas de las luchas no sucumban en el tiempo.

En las tres historias de vida, el punto de giro evoluciona en liderazgos. En el caso de Mechas se evidencia el paso abrupto de un joven “popular en riesgo” a un líder de primera línea y vocero en mesas de negociación. Sin embargo, como advierte Varón (2022), estos cambios abruptos pueden colocar en riesgo las identidades juveniles, especialmente cuando ocurren en contextos violentos. De hecho, se evidencia cuando relata que “el estallido social dejó muchas marcas, tanto emocionales como psicosociales”, que fue víctima de tortura policial



y que tiene una carga adicional por todo lo que vivió a nivel familiar y con compañeros cercanos.

Por su parte La Negra afirma que “Yo misma fui víctima de la violencia por parte de la policía.” “Cuando asesinan a Dilan... entré en shock. Pensé que ese gas me podría haber matado.” “a uno lo podían matar por alzar la voz”, vivencia que encarna lo que Blanco (2021) denomina una transición forzada por un hecho histórico. Luego con su participación en el Portal Resistencia y con ideales más estructurados, asumió un liderazgo radicalizado y ético, orientado a la memoria, la justicia y la protección de otros jóvenes, fortaleciéndose además como periodista comunitaria, defensora de Derechos Humanos y referente de la prensa alternativa que promueve una voz crítica comprometida con la justicia social y la dignidad juvenil.

La Profe menciona que, en su caso, el estallido la llevo a “a espacios públicos, a que sea reconocida y a que salgan liderazgos que yo no había de pronto visibilizado”. Desde allí, y por convicción social y humana, aprovechó sus conocimientos y contactos que le dejó su carrera profesional para desplegar una decida agencia comunitaria para apoyar a los jóvenes de primera línea del Portal Resistencia, gestionar ayudas para su seguridad y bienestar, mientras incentivaba el pensamiento crítico sobre lo social y el objetivo que les reunía. Estos roles le harían ser reconocida por la comunidad como “La Profe”. Sin embargo, tras el estallido, su trayectoria estuvo atravesada por persecuciones, duelos y piensa que hasta riesgos para su familia, “Yo dije: estoy poniendo en riesgo a mi hija.” “Me llamaron supuestamente de la Fiscalía... fue como un interrogatorio telefónico” “salí de mi casa y yo tenía el ejército alrededor de mi casa, en cada esquina... yo decía, esto es muy raro, muy raro”, pero aún con todo esto reafirmó que su vida debía estar guiada por el liderazgo barrial y pedagógico.

A todo lo vivido por estos tres jóvenes desde su individualidad, se suma un universo de violencias que excede lo estructural y se funde en los cuerpos y memorias de varios de sus compañeros que también vivieron el estallido social en Bogotá. Es así que nombres de jóvenes asesinados, desaparecidos o reclutados se convirtieron en símbolos de una vulneración persistente.

La Negra señala con contundencia el caso de Duván Barros, quien “apareció desaparecido y estaba completamente torturado” después de su detención arbitraria. Los tres entrevistados también expusieron el reclutamiento y posterior asesinato de jóvenes vinculados por engaño a disidencias de las FARC, como Brayan Méndez y David Fernández, utilizado para estigmatizar a todo el movimiento juvenil del Portal, un señalamiento que La Negra califica como un intento de “vincularnos a políticos o grupos armados para justificar la persecución”.

Finalmente, la narrativa de los jóvenes se complementa al recordar a las víctimas de violencia ocular, a quienes fueron detenidos y torturados irregularmente, a quienes dicen siguen siendo perseguidos por causa de la criminalización del movimiento social y a quienes abandonaron los colectivos al ser cooptados por la institucionalidad y movimientos políticos a la luz de un contrato. En suma, el estallido social actuó como un punto de inflexión vital y político, donde

los jóvenes reconfiguraron sus trayectorias, asumieron nuevos roles y enfrentaron riesgos profundos en su “poder ser”.

### **Esperanza y organización como horizonte emancipador**

A pesar de la crudeza de la violencia estructural que atravesaron las vidas de los jóvenes que hicieron parte del estallido, desde la perspectiva de la paz emancipadora, Richmond (2011) plantea que las comunidades oprimidas generan formas alternativas de convivencia, cuidado y acción que buscan transformar, desde abajo, los órdenes sociales injustos, siendo las trayectorias de vida de La Negra, La Profe y Mechas muestras de que la esperanza no surge como sentimiento ingenuo, sino como una fuerza política profundamente anclada en la organización comunitaria.

En este sentido, los jóvenes entrevistados no solo resistieron la represión estatal y los efectos de la desigualdad estructural, sino que imaginaron y construyeron horizontes de futuro, articulados en prácticas colectivas que fortalecieron la solidaridad, el liderazgo territorial y la defensa del derecho a la dignidad. Es así que los La Negra, La Profe y Mechas coinciden en que la transformación social no nace de estructuras formales, sino de los lazos afectivos y de cuidado que los mismos jóvenes construyeron en los barrios, las ollas comunitarias, las primeras líneas y los espacios de denuncia.

Su voz colectiva anima a las nuevas generaciones a reconocer su dignidad, a no permitir que la desigualdad y la violencia institucional los convenzan de que no merecen oportunidades, y a comprender que la fuerza de la protesta no estuvo en las piedras ni en los escudos, sino en la decisión de acompañarse, protegerse y creer que otro país era posible desde abajo.

En cuanto al sueño emancipador que los movilizó durante el estallido, los tres relatos muestran que no desapareció, pero que se transformó: dejó de ser una expectativa de cambio inmediato y se convirtió en una memoria dolorosa que convive con la persistencia de la precariedad, la criminalización y la falta de respuestas estatales. La ilusión de un país distinto se vio y sigue siendo atravesada por la muerte, la persecución, la cooptación política y la fragmentación de los colectivos; sin embargo, ese sueño no se extinguió, sino que mutó en pequeñas formas de resistencia cotidiana, como la comunicación popular que ejerce La Negra, los procesos pedagógicos y comunitarios que sostiene La Profe, y en la organización barrial y la defensa del territorio que Mechas continúa impulsando.

### **Conclusiones.**

Los resultados de las entrevistas, de la consulta bibliográfica y de la voz de quienes por un temor que sigue infundado en jóvenes que pertenecen a la primera línea y se siguen movilizando, pero que por “seguridad” prefirieron abstenerse de brindar una entrevista que quedara grabada, demuestran que el estallido social en Bogotá dejó huellas profundas, así como cicatrices en la vida de la juventud bogotana.

Por un lado, hubo impactos positivos en jóvenes que fortalecieron sus habilidades, encontrando un camino que les permitió redescubrir sus potenciales y tener cambios en su identidad y propósitos, se crearon liderazgos y se abrieron caminos e ideas que defienden la idea de una nueva conciencia política de las generaciones juveniles.

Pero, por otro lado, ¿A qué costo se da este redescubrimiento del ser? La pregunta hace referencia a esa contraparte que dejó a estos jóvenes y a miles más, esas heridas emocionales que permanecen abiertas, especialmente por quienes no volvieron a causa de la muerte, desaparición, reclutamiento, encarcelamiento o hasta el exilio a causa del derecho constitucional a la manifestación social (Constitución Política de Colombia, 1991, art. 37), la de aquellos cercanos y de quienes les une la vida por haber confluído en entornos similares (Dilan Cruz, Duván Felipe Barros, David Fernández ‘Coco’, Brayan Méndez ‘Bigotes’, Camilo Sánchez, María Camila Ospitia ‘Los Camilxs’, Javier Ordoñez y las otras 13 trece personas asesinadas entre el 9 y 10 de septiembre de 2020).

El estallido social en Bogotá no solo fue un episodio, no se trató de una movilización más de esas miles que se dan cada año en la ciudad y que vienen en incremento (Infobae, 2025), se trató de un hito histórico en la ciudad, fue un acontecimiento social que unió comunidades y que reconfiguró el curso de vida de los jóvenes que participaron en las manifestaciones, pero además que trascendió de tal forma que las nuevas generaciones han encontrado en esa historia un modelo a seguir al momento de realizar la exigibilidad de sus derechos.

En términos del enfoque del curso de vida (Blanco, 2011), el estallido operó como un *turning point*, es decir, fue uno de esos eventos que provocan fuertes modificaciones que, a su vez, se traducen en virajes en la dirección del curso de vida (Blanco, 2011), en este caso de los jóvenes que vivieron esa protesta social.

No obstante, las experiencias expuestas por los jóvenes, así como la realidad de nuevas situaciones en contra de las juventudes bogotanas (Ñanez, 2025) que son posteriores al estallido social de 2021 en Bogotá, ponen en evidencia que las condiciones estructurales de la violencia que motivaron el estallido social en Bogotá persisten. La desigualdad social, la precariedad económica, el desempleo juvenil, las barreras de acceso a la educación y la violencia institucional continúan siendo referenciados en los escenarios vitales de los jóvenes entrevistados.

Estas situaciones descritas son el vivo reflejo de las violencias cultural y estructural descritas por Galtung, en tanto que la institucionalidad y el Estado mismo, no han logrado dar solución a las causas profundas que llevaron a los jóvenes a movilizarse desde el 2019 y luego a configurarse el estallido de 2021 en Bogotá.

Las trayectorias de vida de La Negra, La Profe y Mechaz, permiten valorar que, si bien los participantes desarrollaron nuevas capacidades políticas y de liderazgo comunitario, estos aprendizajes conviven con duelos, heridas emocionales, persecuciones y una fragmentación organizativa que sigue afectando sus vidas y las de sus compañeros y amigos.

Los relatos también demuestran que quienes permanecieron en resistencia, y especialmente quienes pernoctaron en puntos emblemáticos del estallido como el Portal Resistencia en Kennedy o el Puente de la Dignidad en Usme, lograron experimentar un sentimiento colectivo de indignación que los unía, llevándolos a consolidar redes de afecto, solidaridad y cuidado mutuo, creando a su vez vínculos importantes que se consolidaron como el soporte psicosocial durante y después del estallido. Estas formas de organización comunitaria que se representaron también en ollas comunitarias, brigadas médicas, campamentos humanitarios y la consolidación de las primeras líneas, encarnan esas expresiones de ‘paz desde abajo’, que se relacionan con la idea de paz emancipadora que refiere Oliver Richmond.

Los jóvenes encontraron espacios para ejercer ciudadanía, construir memoria, disputar narrativas hegemónicas y promover formas alternativas de convivencia que confrontan la violencia estatal y estructural. Pero esto también los hizo visibles y dichas redes han experimentado tensiones, cooptaciones y rupturas, muchas promovidas por distintos actores políticos, grupos al margen de la ley (CMPR, 2024), guerrilla (Semana, 2024) y hasta el mismo Estado (CNMH, 2021), limitando así su continuidad y poniendo de manifiesto la fragilidad de los procesos comunitarios en contextos de una desigualdad persistente.

En conjunto, si bien los jóvenes lograron transformarse a sí mismos y generar cambios en sus comunidades desde la necesidad de un bienestar común, siguen enfrentándose a la ausencia de garantías de seguridad, al desarrollo de políticas públicas que reivindiquen sus luchas y alzan la voz por un sentimiento extendido de frustración ante la falta de respuestas del Estado y la deuda que sigue dejándoles el actual ‘Gobierno del cambio’ que no logró cumplir con la apuesta de apoyar e ir cerrando las brechas de desigualdad de los jóvenes populares. Así las cosas, la juventud que emergió del estallido es, por tanto, una juventud más consciente, más crítica y con un sentido más claro sobre la importancia de organizarse, pero también se siente más herida, aún precarizada y aún desencantada de las políticas de Estado.

Finalmente, los hallazgos evidencian que el estallido social en Bogotá dejó un legado ambivalente: produjo agencia, identidad y resistencia, pero también dolor, miedo y desgaste emocional. La realidad de los jóvenes en Bogotá demuestra que el estallido no terminó en 2021, sino que continúa presente en sus cuerpos, en sus duelos y en las prácticas cotidianas con las que siguen disputando espacios de existencia digna. Reconocer estas trayectorias es fundamental para comprender el presente y futuro de la juventud en Bogotá, para no estigmatizar a los jóvenes que se movilizan en busca de una garantía de derechos, y es un llamado para avanzar hacia políticas públicas que realmente atiendan las condiciones estructurales que dieron origen a la movilización y que siguen configurando, de manera determinante, los destinos de miles de jóvenes en la ciudad.

## Bibliografía

- Aguilar-Forero, N. (2022). Memoria y juvenicidio en el estallido social de Colombia (2021). *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 20(3), Article 3. <https://doi.org/10.11600/rlcsnj.20.3.5492>
- Alcañiz-Moscardó M. (2024). Nuevas violencias contra las mujeres en el ciberespacio. Luchar por una paz digital (positiva) es posible. *Revista de Cultura de Paz*, 8, 8–29. <https://revistadeculturadepaz.com/index.php/culturapaz/article/view/217>
- Blanco, M. (2011). *El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo*. **Revista Latinoamericana de Población**, 5(8), 5–44. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).
- BBC News Mundo. (2019, 18 de noviembre). “Homicidio”: así murió Dilan Cruz, el joven manifestante símbolo de las protestas en Colombia. *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50593913>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2021). Informe final — Relatoría 9-S VF [PDF]. <https://www.colectivodeabogados.org/wp-content/uploads/2021/12/Informe-Final-Relatori%CC%81a-Esclarecimiento-9S-VF.pdf>
- Centro de Memoria, Paz y Reconciliación. (2024, septiembre 4). *Comunicado sobre los asesinatos de Camilo Sánchez Mc-Cub y Camila Ospitia, en Bosa, Porvenir* [Comunicado]. <https://centromemoria.gov.co/comunicado-sobre-los-asesinatos-de-camilo-sanchez-mc-cub-y-camila-ospitia-en-bosa-porvenir/>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2024). El pueblo en las calles: memorias de resistencia y represión en el estallido social de 2021. Volumen 1. CNMH.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). (2021, junio 8-10). Observaciones y recomendaciones: Visita de trabajo a Colombia realizada del 8 al 10 de junio de 2021. Organización de los Estados Americanos. [https://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/ObservacionesVisita\\_CIDH\\_Colombia\\_SPA.pdf](https://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/ObservacionesVisita_CIDH_Colombia_SPA.pdf)
- Constitución Política de Colombia. (1991). *Constitución Política de Colombia*. Gaceta Constitucional n.º 116.
- Fernández, D. (2024, 3 de agosto). *Esta es la historia oculta del joven de la primera línea asesinado por las disidencias de las Farc y que tenía nexos con el Pacto Histórico de Petro*. SEMANA. <https://www.semana.com/politica/articulo/esta-es-la-historia-oculta-del-joven-de-la-primera-linea-asesinado-por-las-disidencias-de-las-farc-y-que-tenia-nexos-con-el-pacto-historico-de-petro/202444/>
- Galtung, J. (2003). *Violencia cultural* (T. Toda, Trad.). Gernika Gogoratuz. (Obra original publicada en 1990)
- Galtung, J. (2003). *Paz por medios pacíficos: Paz y conflicto, desarrollo y civilización* (T. Toda, Trad.). Bakeaz / Gernika Gogoratuz. (Obra original publicada en 1996)
- GOYN Bogotá. (2024). Jóvenes con potencial 2024: Tendencias y barreras en las trayectorias hacia las oportunidades de la población joven en Bogotá [Informe]. GOYN Bogotá. <https://goynbogota.com/wp-content/uploads/2024/08/Datos-GOYN-Informe-2024.pdf>

Infobae. (2025, octubre 19). *Las protestas en Bogotá aumentan 17% en 2025: bloqueos y tomas afectan la movilidad y el comercio*.  
<https://www.infobae.com/colombia/2025/10/19/las-protestas-en-bogota-aumentan-17-en-2025-bloqueos-y-tomas-afectan-la-movilidad-y-el-comercio/>

Jiménez Bautista, F. (2019). Educación neutral y Educación para la Paz neutra. *Revista de Cultura de Paz*, 3, 367–387. <http://revistadeculturadepaz.com/>

Ñáñez Lloreda, G. (2025, 4 de septiembre). *Un año sin Camilo y Camila, dos jóvenes líderes de Bosa asesinados por el microtráfico*. *Revista RAYA*.  
<https://revistaraya.com/un-ano-sin-camilo-y-camila-dos-jovenes-lideres-de-bosa-asesinados-por-el-microtrafico.html>

Pérez-Pérez, G., & Román-Espinal, Z. (2024). La Cultura de Paz en el abismo: La ausencia de una estrategia política de pacificación frente a la violencia en México durante el gobierno de AMLO. *Revista de Cultura de Paz*, 8, 109–133.  
<https://doi.org/10.58508/cultpaz.v8.206>

Pérez, M. A. (2018). *El proceso de construcción de paz*. *Revista Cultura de Paz*, 2(1), 4–15. Universidad Autónoma del Caribe.

Ramos Muslera E. (2016). El proceso de construcción de paz colombiano más allá de la negociación: una propuesta desde la Paz Transformadora y Participativa. *El Ágora USB Ciencias Humanas y Sociales*, 16, 513–532.

Richmond, P. O. (2011). Resistencia y paz postliberal. *Relaciones Internacionales*, (16), 13–45. <https://doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2011.16.001>

Richmond, O. P. (2012). *La paz en las relaciones internacionales* (M. Enguix Tercero, Trad.). Institut Català Internacional per la Pau (ICIP) / Ediciones Bellaterra. (Obra original publicada en 2008)

Tobar Manzo, J. M. (2018). *La paz híbrida y la transformación de la ciudadanía en Colombia: Casos Samaniego, San Carlos y Granada* [Tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Ecuador]. Repositorio Digital FLACSO Ecuador. <http://hdl.handle.net/10469/13999>

Varón Torres, A. Y. (2022). *Una perspectiva del curso de vida: trayectorias y transiciones de los jóvenes en Colombia*. *Ehquidad. International Welfare Policies and Social Work Journal*, 17, 79–100. <https://doi.org/10.15257/ehquidad.2022.0003>